



Monja, viuda, soltera...

La palabra y los juegos tradicionales.

Carolina Navas Guzmán
Jefa de Museología Educativa
Museo de la Ciudad

Quienes han jugado a la rayuela, canicas o al trompo, recordarán cómo aprendieron a jugar; seguramente fue en el patio de su casa con sus padres, abuelos, hermanos o primos, tal vez en la escuela o en la calle con amigos. Una de las características más importantes del juego tradicional es que se transmite por medio de la palabra. Nadie escribió las reglas de los juegos o la forma de dibujar una rayuela, lo que conocemos de los juegos tradicionales viene desde la memoria de nuestros abuelos y abuelas, quienes, al enseñarnos a jugar, nos transmitieron también manifestaciones culturales, formas de entender el mundo y relacionarnos.

Como otros saberes populares, los juegos tradicionales se alimentan de la oralidad, por esa razón se acoplan a las circunstancias sociales. No son un “pasado muerto”, sino un

“presente vivo” que están en todos los procesos sociales y culturales de nuestras sociedades. A pesar de la gran presencia de los juegos mediados por la tecnología, los tradicionales no desaparecen, simplemente se transforman, y lo hacen porque niños y niñas siguen compartiendo con abuelos y abuelas, en las escuelas, los docentes valoran el aporte pedagógico que juegos como las cucas, canicas y otros tienen en el proceso educativo. Aunque en la actualidad la comunicación es eminentemente escrita, siempre habrá espacio para la oralidad, en donde lo simbólico, lo ritual y la creatividad son esenciales para la vida del ser humano.

En el caso de Quito, los adultos mayores son los mejores guardianes de diversos saberes, su memoria es ese “presente vivo”¹ que se transmite a través de sus testimonios y enseñanzas. La señora Laura Vega, de 93 años de edad, en su infancia vivía en el Centro Histórico de Quito, en la calle Flores, cerca del antiguo Regimiento. A los 5 años de edad fue testigo de la “Guerra de los cuatro días”, mientras jugaba con sus vecinos en el patio de su casa, escuchaba la gran cantidad de disparos que

esta batalla urbana generó. Espiando desde el patio de su casa, cuenta que vio pasar a muertos y heridos cargados en coches, mientras los balazos no paraban; hasta que ella misma, producto de la curiosidad, se hirió con una espina de madera. Solamente después de ese suceso, sus padres no le permitieron volver al patio a jugar.

mujeres. Laurita se casó a los 16 años, y nos cuenta que, en la fiesta de bodas, mientras los invitados bailaban y festejaban, ella saltaba la soga. Con emoción nos relata que mientras ella saltaba, su esposo y madre batían la cuerda para que ella juegue, y nos canta: “Viuda, soltera, casada...”



Entre los juegos que Laurita recuerda, están la macateta y las tortas, en las que usaban unas semillas grandes y planas para jugar a algo parecido a los tazos. Se hacían torres con las semillas y con otra se golpeaba las torres, hasta derribarlas.

Antiguamente, el matrimonio se daba a edad temprana, en especial para las

La señora Fanny Guzmán, de 73 años de edad, en su niñez vivió en una casa ubicada en la calle Gerónimo Carrión, en el centro norte de Quito. En una casa grande, a modo de vecindad vivían varias familias; niños y niñas se reunían para jugar a las ollas encantadas, San Benito, el florón, a las cogidas y escondidas. Otro juego popular en la infancia de doña Fanny eran las

canicas, en la tierra se hacían caminos por los que rodaban las canicas hasta llegar a un hueco hecho en la tierra, que le decían pozo. Este juego se llamaba al pique. También nos cuenta que Quito era una ciudad tranquila y segura, junto a los vecinos salía a jugar al parque que se encuentra en las calles 9 de octubre y Carrión, y al parque Julio Andrade, en donde los coches de madera, columpios, sube y baja eran la diversión de niñas y niños. “Los wawas chiveábamos hasta las diez u once de la noche”, nos dice.

La señora Inés Amores, vivió su infancia en el barrio de San Diego, recuerda los juegos que compartió con sus hermanos y sobrinos, entre esos, las escondidas y el juego del pan quemado, en el que se escondía un objeto o una prenda de vestir y los otros niños y niñas deben buscarlo, mientras se canta: “¡caliente, caliente!” si están cerca de encontrarlo o “¡frío, frío!” si están lejos. Cuando se encuentra el objeto escondido, gritan: “¡se quemó!”. Doña Inesita, recuerda el tiempo en que se entretenía jugando sanamente, según nos cuenta, y ahora juegos como las canicas, los marros o la rayuela.

La memoria e historia oral de los adultos mayores es basta, en especial, sobre los juegos tradicionales. Es importante precautelar esos saberes, no solamente por la conservación de nuestro patrimonio oral, sino por el fortalecimiento de nuestros vínculos sociales, para que más padres y abuelos transmitan sus memorias a las niñas, niños y jóvenes. Solamente así los juegos tradicionales se mantendrán.

El Museo de la Ciudad agradece a Laura Vega, Fanny Guzmán e Inés Amores por contarnos sus memorias y mantener viva la tradición de los juegos.

Referencia bibliográfica:

¹ GGil Terán, Ana Virginia. Tradiciones orales, fuente viva del saber popular. Universidad de los Andes. Venezuela. Revista Cifra Nueva. Julio-diciembre 2011, Nº 24, (pp. 75-84)

Trigueros Cervantes, Carmen. Giles Girela, Francisco Javier. Gutiérrez, Mar Herencia. El juego tradicional, ¿puente entre culturas? De lo posible a la realidad. Infancia, Educación y Aprendizaje (IEYA). Vol. 1, Nº 1, pp. 81-109.

<http://revistainfanciaeducacionyaprendizaje.com/>
<https://www.efdeportes.com/efd13/juegtra1.htm>

